

VICTORIA RESCO



LA MENTIRA
PERFECTA

VICTORIA RESCO

**LA MENTIRA
PERFECTA**

CAPÍTULO 1

Paul

La rampa está llena a reventar.

Hay gente en todos lados, como casi siempre a esta hora de la noche. Adolescentes, niños y adultos con un *skate* bajo el brazo, deslizándose sobre patines, a través de rampas y entre piletos de cemento vacíos. Cascos, rodilleras, carcajadas, colores neón y luces blancas ayudando a la luna a iluminar el lugar.

Cameron habla y se ríe, exaltado y acelerado. Así es él, pero esta vez la situación es un tanto incómoda porque hay una chica colgada de su brazo y él exagera su alegría para disimular la poca gracia que le hace tenerla aquí. Gemma, la chica, también exagera sus carcajadas, como si con eso pudiera convencernos de que este es su lugar. Creo que todos, incluso ellos, sabemos perfectamente que lo que sea que están intentando no tiene futuro. Pero aún así lo intentan y verlos es doloroso.

Pienso en Shelly, parada a mi lado, y en mí. Pienso en que es muy probable que desde que cortamos todos nos vean como yo veo a Cameron y a Gemma: dos personas que bailan en distinta sintonía, que se pisotean en el intento de seguirle el ritmo al otro. Sólo que nosotros una vez bailamos juntos y cada vez que estamos en este lugar en el que compartimos tanto, todos los recuerdos me abruman y me desesperan al punto de que casi consiguen

convencerme de darnos otra oportunidad. Pero me prometí que no lo haría. Por ella y por mí, porque nos merecemos algo mejor.

Merecemos más. Lo repito y me aferro a ello porque temo ceder ante sus ojos. Shelly siempre tuvo unos ojos enormes y tan pero tan oscuros que podía quedarme tildado mirándolos por horas. Tal vez por eso hoy me siguen buscando, porque existió un momento en el que no podía resistirlos, les hubiera regalado a esos ojos, y sólo a esos ojos, todo lo que soy, lo que fui y lo que quería ser.

Los llamaba ojos de cervatillo, pero hoy los llamo ojos de reclamo.

Lo único que hacen es pedir, pedir y pedir.

Las cosas han cambiado, claro que lo entiendo, y sin embargo no han cambiado lo suficiente porque yo sigo tentado a devolverle la mirada. Ella pide y yo quiero dárselo todo, incluso cuando sé que no me conviene, cuando sé que no me queda nada de lo que necesita.

Nadie te dice lo peligroso que es no tener un *antes de*. Shelly siempre estuvo allí. *Antes de* Shelly no había nada. Nací y ella estaba ya a mi lado, sólo cuatro minutos mayor que yo según el acta de nacimiento, que también indica que nacimos en el mismo hospital el mismísimo día. Nuestras madres se conocieron allí y jamás se separaron. Creo que no sabían a lo que nos estaban condenando, creo que ellas también, como nosotros, pensaron que al no darnos un *antes de* nos aseguraban que no habría un *después de*.

Tenía sentido, ¿no? ¿Cómo puede terminar algo que inició antes de que pudiéramos respirar por nosotros mismos? Estábamos *predestinados*, solía decir mi madre. Y ahora me pregunto si ella sabía que estábamos predestinados a *esto*: a amarnos como nunca amamos a nadie más y a dejar que ese amor se consumiera en su propia intensidad, en sus miedos, en su inmadurez. Florecimos en una primavera larga pero no supimos sobrevivir al invierno.

Y ahora la tengo a mi lado y la quiero de vuelta. La quiero de vuelta con tanto querer que estoy por mirarla, por ceder y volver a iniciar este círculo vicioso en el que la persigo, me persigue y nos seguimos a nosotros mismos con todas estas ideas de lo que quisimos y no pudo ser. Estoy por volver a enredarme en esta telaraña hilada con miedos y celos y rabia y reclamos, tantos, tantos, tantos reclamos...

Entonces la veo.

No a Shelly, sino a *ella*.

Y el universo me hace el favor de poner todo en pausa para que yo pueda verla bien.

Las voces se diluyen en el aire, cada persona a mi alrededor se convierte en una sombra, la oscuridad se traga la luz y la escupe sobre *ella*.

Agradezco esa pausa porque me permite recordarla. De a poco. Primero es un ritmo que mi cuerpo reconoce pero no puede terminar de tararear, pero de a poco viene a mí la melodía completa, compás tras compás de una canción que había creído perdida.

Como la primera vez que la vi, sus movimientos son tan fluidos que parece flotar. Creo que incluso antes de verle la cara termino de reconocerla por la forma que tiene de caminar. Me recuerda la forma en la que bailaba y mi cuerpo reacciona de inmediato. En mi memoria reviven las luces de neón, los flashes, la música, la culpa, el miedo y sobre todo, la forma en la que ella apareció y los absorbió por completo.

Su pelo sigue siendo del mismo tono marrón oscuro, largo y lacio, decorado con trencitas, mostacillas e hilos, como si se hubiera llevado todos los colores de la naturaleza consigo. Hay algo hechizante en verla así. Es la primera vez que la veo como si fuera más que un cuento de hadas, una salida beneficiosa de la mierda que me rodea, como si fuera *humana*.

Hay una parte de mí que se avergüenza, que siente los ojos de Shelly mirándome, que se arrepiente de todo lo que hizo y lo que está haciendo. Y aún así gana la otra parte de mí, que me dice que con Shelly no volverá a ser, que tengo que olvidarla y que tal vez *ella* es la forma de olvidar. O tal vez no. Tal vez solo soy egoísta y necio y quiero mis manos en su pelo y quiero su piel, su aliento y su sonrisa habladora y escuchar por primera vez el sonido de su voz. Tal vez la parte de mí que gana es la que empieza a pensar más allá de Shelly, la que ya no quiere vivir por y para ella, la que quiere cosas para *mí* y para nadie más, la que empieza a darse cuenta de que quiere cosas que no involucran a Shelly, incluso si todavía no tiene muy en claro qué son esas cosas y por qué.

Pero las burbujas siempre revientan antes de lo que querríamos, demasiado bonitas para durar en un lugar tan hostil como

este, y mis pensamientos revientan abruptamente en cuanto veo a Leo, mi hermanita, correr hacia *ella*.

Leo la envuelve en sus brazos como si fueran amigas de toda la vida, como si se hubiera estado muriendo de ganas de verla, como si la hubiera estado esperando.

Y que Dios me mande al infierno, pero incluso cuando me la presenta como Ali —*esa* Ali, su mejor amiga, la misma Ali con la que se enojó en primero de secundaria porque les gustaba el mismo chico, la misma que vivía en la zona cara de la ciudad, donde la gente vive en casas de verdad con jardines y ventanas amplias—, incluso cuando al fin vuelvo a ver esos ojos del color más alucinante que he visto en mi vida, incluso cuando la saludo con un beso en la mejilla —mis labios directamente sobre su piel, su aroma a sahumeros tendiéndome una emboscada—, incluso cuando veo de reojo a Shelly tensarse, incluso cuando me duele verla y quiero alejarme de esta chica y pedirle perdón, incluso cuando los recuerdos de las lágrimas de Shelly se mezclan con los de esa noche en la discoteca y me abruman y la congoja crece hasta ser una piedra entre mis costillas, incluso cuando *ella* me dedica una mirada gélida que me dice que me recuerda y me detesta en partes iguales, cuando me deja en claro que su intención es ignorarme y pretender que jamás me ha visto...

Incluso entre todo esto, no puedo dejar de imaginarla desnuda.

Me está ignorando.

O intenta hacerlo.

No la entiendo del todo.

Me mira como si quisiera arrancarme la cabeza, pero no me habla, no dice nada.

Yo trato de no mirarla de forma muy obvia, porque me he rendido con lo de no mirarla y punto. No puedo no hacerlo. Soy una basura. Mi ex está en frente mío y yo no puedo dejar de mirar a esta chica, a la mejor amiga de mi hermana. ¿Cuál es mi problema?

Trago saliva.

—Ey, ey, ¿Qué te pasa? —Aaron chasquea sus dedos frente a mí, obligándome a dejar la figura de Ali, que está charlando con mi

hermana y otra chica más a unos metros de nosotros. Aaron debe ser de mis amigos más cercanos, pero ni por medio segundo se me cruza por la cabeza decirle la verdad. También es amigo de Shelly, no puedo cargarlo con ese peso. Sin embargo él, tan Aaron como siempre, es ciego a la mierda de persona que puedo llegar a ser—. ¿Cómo estás después de lo de tu abuelo?

Que asuma que la muerte de mi abuelo es el motivo por el cual no le he estado prestando atención a nada de lo que dijo los últimos cinco minutos es conveniente, pero la pregunta se cierra con un nudo alrededor de mi garganta y me devuelve a la realidad con un tirón brusco y doloroso.

Somos Aaron, Shelly y yo, y la verdad es que no quiero hablar de mi abuelo muerto frente a ella. No quiero hablar frente a ella sobre cualquier cosa que pueda darle pie a acercarse a mí con sus ojos de cervatillo ofreciendo consuelo, porque voy a ceder, a quebrarme y a aceptarlo porque soy así de débil. No sé estar sin ella. No sé estar solo. No sé quién soy solo. Quiero descubrirlo, sí, pero no sé por dónde empezar.

Aaron me da una palmada en el brazo y me ofrece una de sus sonrisas perfectas. Habla frente a Shelly de esto porque sabe que vamos a terminar juntos, porque como todos, sabe que estar juntos es parte de quienes somos a nivel molecular. No se le ocurre guardar mis temas privados para cuando ella no esté porque ella nunca va a dejar de estar.

—Ya sabes que si necesitas hablar estoy aquí.

Le sonrío.

Sé que lo está.

Pero no quiero hablarlo.

No ha pasado ni una semana.

No estaría seguro de qué decir.

Desde que murió el abuelo siento que estoy caminando a ciegas, que he soltado la única mano que el mundo me había extendido y de golpe las responsabilidades se multiplicaron. ¿Qué dices cuando pierdes algo que parecía tan estable que nunca te planteaste perderlo? No hubo un aviso, no hubo una desmejoría gradual en su salud. En un momento estaba riéndose conmigo, jugando a las cartas y al siguiente estaba convulsionando frente a mí. Y luego todo es un borrón inmenso de sucesos que se mezclan entre sí. Mi llamada al hospital, mamá llegando a casa, la ambulancia, mis

lágrimas. No recuerdo haber llorado tanto en mi vida. Ni siquiera después, en el funeral. Ese pánico, ese vacío inmenso que de golpe se abrió dentro y debajo de mí, que se me escapó en forma de lágrimas... Todavía lo siento dentro mío, tragándose la mitad de todo lo que pienso y todo lo que siento, dejándome medio vacío y medio inútil. Creo que he dejado de llorar sólo porque las lágrimas se me están cayendo para adentro. ¿Qué dices cuando vas perdiendo por el camino todas las personas que siempre estuvieron allí?

Shelly, el abuelo, ¿quién sigue?

Le sonrío a Aaron. Trato de que sea una sonrisa honesta, pero el vacío se traga la mitad de su significado y no termina de llegarme a los ojos. Lo sé. Y sé que él lo nota.

—Gracias.

Lo digo con todo el sentimiento que puedo, pero aún así, no parece suficiente.

—Paul...

La voz de Shelly es más de lo que puedo tolerar.

En el funeral se acercó con mi nombre en sus labios y ese mismo tono. Y por primera vez desde que terminamos hace tantos meses no me miró con odio, ni con asco, ni con pena, ni con decepción. Shelly me miró con un dolor que ya no era mi culpa en sus ojos. Era un dolor compañero del mío. Porque conocía al abuelo tan bien como yo. Había estado en mi casa constantemente desde que tengo memoria y luego —cuando al fin dejó de ser mi mejor amiga y pasó a ser algo más, a quedarse a dormir, a robarme besos y confesiones— en los sábados de Monopoly y en cada ocasión posible. Era una más de nosotros y la pérdida del abuelo le dolió tanto como a cualquiera de mis hermanos. El día del funeral me pidió que la llevara a su casa. Se subió detrás de mí en la moto y me abrazó como si nada hubiera cambiado, como si al fingir que nosotros éramos los mismos, que teníamos futuro, pudiéramos traer de vuelta al abuelo. Cuando la dejé en la puerta, me abrazó. No me resistí en ese momento, tampoco cuando besó mi mejilla, ni cuando subió a la comisura de mi boca y llegó a mis labios. Un beso, dos, tres. Acercarla, profundizar, buscar más. Mi cuerpo contra el suyo. Sus curvas conocidas y reconfortantes, sus ritmos tal y como los recordaba mientras tomaba mi mano y me arrastraba hacia la entrada, mientras subíamos las escaleras a su habitación, cruzando los cuartos vacíos de sus padres y sus hermanas. Era

todo tan familiar que decirle que no, cuando el mundo parecía tan diferente a lo que siempre había sido, me fue imposible.

Volví a caer directo en la misma trampa en la que nos veníamos enredando hace meses: acercarnos con promesas de que esta vez sería diferente y terminar lastimándonos más fuerte, gritándonos más alto, con el corazón un poco más roto. Solo que después de ese día, por primera vez, me di cuenta de que no podía seguir haciéndolo. No porque no fuera posible en sí, sino porque las cosas ya habían cambiado y no importaba qué tanto lo intentáramos, las piezas que nos unieron una vez habían quedado deformadas de tanto golpearse intentando encajar.

No voy a volver a hacernos esto.

Merecemos más.

Así que cuando usa ese tono, dulce, cuidadoso, casi un ruego, la interrumpo.

Me duele hacerlo. Porque veo que la destruye, veo que le sigo haciendo daño.

Sé que no importa lo que haga vamos a lastimarnos.

—Leo me está llamando —susurro, mirando al piso y alejándome lo más rápido que puedo.

No es cierto. Mi hermana está feliz hablando con sus amigas y yo sólo la elijo como excusa porque necesito dejar de sentir que todo lo que hago es daño. Quiero servir de algo, quiero ayudar, también quiero reírme y olvidar.

Sobre todo quiero olvidar.

Pero cometí un error —otro error—, porque *ella*, Ali, está aquí también y lo único que consigo cuando la miro es recordar. Es sentir la culpa que me toma desprevenido como las olas a los niños que no van atentos; me arrastra contra la arena del fondo del mar, me raspa el rostro, las manos, las rodillas, me golpea y me deja tonto. Es un instante, porque cuando el agua retrocede, dejando solo la marca de su espuma contra la orilla, se lleva la culpa con ella y deja solo la curiosidad, con el deseo, con las preguntas que quiero hacerle porque no tuve el coraje de hacerlas esa noche.

—Quiero aprender —dice la tercera chica del grupo, mientras mira con añoranza a un chico que se tira de la rampa con el *skate* en la mano. Tiene el pelo de un rubio blanco, rapado al ras, y unos aros de colores chillones que contrastan con su ropa negra—, ¿qué tan difícil puede ser?

—Muy difícil —intervengo, pasando un brazo sobre los hombros de mi hermana.

—Pero tú lo haces —responde la chica, apuntando al *skate* que cargo en mi mano libre.

Me encojo de hombros. Ali no me mira.

Ali.

Ali.

Ali.

Suena extraño en mi mente. Bonito, armónico. Quiero preguntarle su nombre completo, que me sonría. Sé que tiene una sonrisa escondida tras la seriedad que lleva en el rostro en este momento. Lo recuerdo. Creo que lo recuerdo. ¿O me estoy equivocando? Tal vez no es ella, tal vez estoy alucinando. Después de todo, es una noche que llevo meses intentando olvidar. Tal vez lo he conseguido. Tal vez al fin...

Al fin *nada*.

Ali me mira y veo con claridad el lunar de su mandíbula, ese lunar que incluso de lejos había querido sentir bajo mis labios, veo la curva finísima de su boca y sé que no la he olvidado en absoluto, sé que es ella y sé que ella sabe perfectamente quién soy, porque se esfuerza por mirarme con indiferencia, pero hay algo detrás de sus pupilas que emana un calor carbonizante y parece arder solo para mí.

Y todo eso lo veo en un microsegundo, en un instante, y algo en mí al fin se enciende.

Una parte del vacío se llena de las preguntas que esta chica hace que me surjan.

De repente, todo lo que quiero es escucharla hablar.

No tengo recuerdo de haberla escuchado decir una sola palabra. Ni hoy ni...

—Podrías enseñarle a Willa.

La sugerencia de Leo se alinea tan bien con mis pensamientos que se me escapa la sonrisa.

—Podría enseñarles a ambas —sugiero, mirando deliberadamente a Ali.

Mi corazón late más rápido de lo que me gustaría en mi pecho. Soy perfectamente consciente de que estoy haciendo una estupidez, estoy persiguiendo un recuerdo obsoleto de la noche que de alguna forma inició el ciclo de pérdidas del que no puedo salir. No

puedo escuchar las advertencias racionales de mi cabeza, todo lo que dice se pierde bajo el ruido de mi corazón —al fin latiendo, al fin lleno de *algo*— taladrando mis costillas.

—¡Sí!

—No.

Mi corazón se salta un latido e inmediatamente vuelve a latir con más fuerza y más miedo, y mucho mucho más ruido. Willa y Ali hablaron a la vez, la voz de la primera tapando la negación de la segunda, distorsionando su voz. Quiero que hable otra vez. Así que le hablo directamente, con un descaro que debería avergonzarme pero que no me mueve un pelo.

—¿Por qué no? —insisto.

Mi hermana me secunda y por un lado lo agradezco pero por el otro quiero que deje de hablar, porque cuanto más habla más tiempo paso sin escuchar la voz de *ella*.

—Sí, ¿qué pasó con “hay que probarlo todo”?

Willa se da vuelta e insiste.

—Es tu frase. No puedes ir en contra de tu frase.

Quiero preguntarle por qué es su frase, qué es lo que ha probado, lo que se ha quedado sin probar, lo que quiere probar la próxima vez. Pero me trago las preguntas porque me mira con tanto hielo en sus ojos que me da miedo que mi hermana pregunte qué nos pasa. Pero nadie parece verlo. Es como si nuestros ojos hablaran el mismo idioma. Recuerdo haber pensado eso la primera vez que la vi, que no necesitábamos palabras porque su sonrisa hablaba sola. Esta vez no hay sonrisa, pero entiendo lo que me dice: me dice que quiere que borre la alegría de mi rostro, que no le divierte lo que está pasando, que quiere irse, estar en cualquier lugar menos aquí.

Y eso debería pesarme en su contra. Debería demostrarle que entiendo, incluso cuando no sé el por qué, porque los recuerdos que yo tengo de ella me hacen querer decirle todo lo contrario, incluso cuando está mal. Quiero que sonría, que se divierta conmigo, que se quede justo aquí.

Se me escapa la sonrisa.

Hacía mucho no se me escapaba una.

Hacía mucho mis músculos no se retorcían de esa forma.

Y que dios me lleve al infierno, pero qué divertido es ver el pánico en su rostro cuando le guiño el ojo.

—Venga, Ali —insisto—, me gusta tu filosofía. Probémoslo *todo*.

De reojo, veo cómo Shelly nos observa y se me retuerce el corazón.

Los latidos cambian y recuerdan que no quieren hacerle más daño, que el propósito de lo que hago es hacerla feliz, que el motivo por el que late es para sacarle sonrisas.

Pero lo corrijo.

Eso ya no es así. Dejó de serlo hace mucho.

Y esto es justo lo que necesito.

Ali es justo lo que necesito.

Si pudo hacerme olvidar ese día, aunque fuera solo un rato, puede hacerlo otra vez.

Me lo repito tantas veces que dejo de escuchar la conversación. Las insistencias de Willa y Leo quedan sepultadas bajo mi convicción, y mis ojos siguen pura y exclusivamente en Ali, a pesar de que ella hace todo lo posible por ignorarme completamente.

Pero fracasa.

Me mira de reojo, porque ella también lo recuerda.

Ella sabe que yo también la ayudé a olvidar.

Vuelvo a la realidad solo cuando rompe su silencio.

No dice mucho, pero a mí me alcanza, porque al fin he escuchado su voz. Y *ella*, la chica de esa noche hecha de destellos y borrones y música demasiado alta y vasos que van y vienen demasiado rápido, pasa a ser Ali, una chica hecha de carne y hueso y una voz hecha de lija que me serrucha el corazón y me asegura que es el desafío que tanto necesitaba.

—Supongo que hay que intentarlo todo —dice.

Y a pesar de que intenta resistirse, al final sus ojos caen de vuelta sobre mí.